

A Realidade Brasileira

Instituto Real Elcano

Madrid (España), 25 de abril del 2003.

Quiero expresar mi satisfacción al presentarme en el Real Instituto Elcano y tener la oportunidad de compartir con Ustedes algunas impresiones sobre las perspectivas de Brasil en un mundo, como lo sabemos todos, en transición.

No hay como negar que el momento internacional está lleno de incertidumbres. La duda más grande está en los reflejos de la guerra sobre los modelos de convivencia entre los Estados.

¿Quedará espacio para la construcción de un orden fundado en criterios universales de legitimidad y no en la ley del más fuerte?

La campaña militar en Irak ha sido perseguida sin mayor respaldo en la comunidad de los Estados y, quizás por ello, acompañada de una retórica marcadamente moralista.

El derecho y la política, hasta cierto punto, han sido substituídos por la moral, lo que es inquietante. No es que las decisiones colectivas deban carecer de inspiración moral. Sino que los principios morales se traduzcan en el espacio intersubjetivo del derecho.

Ante la ausencia de instancias que sean suficientemente representativas para transformar preceptos morales en normas capaces de obtener el acuerdo de la mayoría, se abre un camino hacia la imposición de juicios particulares como paradigmas absolutos.

Esa es la lógica del fundamentalismo. De allí, la pérdida que el desgaste de las Naciones Unidas impone a la comunidad internacional.

A pesar de sus deficiencias – como la composición obsoleta del Consejo de Seguridad –, la ONU ha sido un paso fundamental en la construcción de un orden mundial menos rehén de la primacía de la soberanía estatal.

La Organización ha hecho mucho en favor de la emergencia de una legislación cosmopolita referida a temas transnacionales, como derechos humanos y medio ambiente.

Sobretudo después del fin de la Guerra Fría, que había congelado sus mecanismos de decisión, la ONU ha sido pródiga en la elaboración de instrumentos que vinculan a los Estados nacionales a nuevos tipos de comportamiento.

Para no hablar del empeño con que el Consejo de Seguridad pasó a actuar en el ejercicio de su mandato original de velar por la paz y la seguridad internacionales.

Brasil ha contribuido con tropas para el trabajo de pacificación realizado por el Consejo en algunos escenarios críticos, como en Angola y en el Timor Este.

Es esta ardua construcción de un orden más legítimo que se ve en jaque con la respuesta que se pretendió dar a la tiranía y a la amenaza de las armas químicas.

También nos preocupa la discordia que la crisis ha generado en el seno de la Alianza Atlántica.

No conozco registro de un disenso de esa magnitud desde la fundación de la OTAN en 1949. Y ese disenso ocurre, irónicamente, en el momento en que la organización expande su jurisdicción hacia Europa Central y del Este.

La división de la OTAN genera inquietud no solo por su impacto sobre la negociación de una política externa y de defensa común, objetivo que tiende a atenuar impulsos unilateralistas, sino por los efectos que puede producir sobre otros campos de la cooperación atlántica.

Me refiero, en particular, a la posibilidad que el disenso político contamine el diálogo entre Estados Unidos y actores clave de la Unión Europea, como Alemania y Francia, en las áreas del comercio y de las finanzas.

Sin una convergencia de posiciones entre las dos economías más grandes del mundo, son mínimas las chances de éxito de una nueva ronda multilateral de comercio y en el esfuerzo de actualización de la arquitectura financiera mundial.

Es verdad que el incremento del proteccionismo europeo y norteamericano ya había atenuado el optimismo generado en Doha, cuando fue posible incluir agricultura y subsidios en la agenda de la nueva ronda.

Pero existía la expectativa de que la dinámica negociadora terminara por abrir espacio para la consideración de nuestro reclamo de mayor acceso a los mercados del Norte.

Ahora el escenario negociador es totalmente impredecible.

Me parece ingenuo pensar que el eventual agravamiento de la disputa comercial entre europeos y norteamericanos pueda beneficiar a América del Sur, que se presentaría como un socio alternativo a los gigantes en litigio.

Los momentos de retracción de los principales bloques no suelen ser selectivos. Afectan sus intercambios en conjunto.

La suposición que me parece más factible, por lo tanto, es la de que la introspección de los Grandes inhibirá las tratativas de la OMC y también las negociaciones paralelas que mantenemos en el plano hemisférico, en cuanto al ALCA, y aquellas que el Mercosur promueve con la Unión Europea.

Enfin, el escenario internacional es, por cierto, muy volátil, y ningún país está inmune a las indefiniciones sobre los rumbos de la política y de la economía mundial.

Sobretudo si se confirma el riesgo de un retorno al estado prehobbesiano y al proteccionismo comercial. Pero el grado de exposición varía de país a país.

Depende, obviamente, de los diferenciales de poder. Y depende también de la variable fundamental que es la estabilidad de las instituciones en cada país.

En otras palabras, cuanto más la política y la economía domésticas estén regidas por normas estables e instituciones sólidas, menos sujeto estará el país a los humores de la coyuntura internacional.

Es esta la razón básica de mi optimismo con las perspectivas de Brasil, por lo menos en comparación con las de otros países del continente.

No somos superavitarios en diferenciales de poder, pero avanzamos de manera substancial a lo largo de los últimos años hacia la consolidación de nuestras instituciones.

Aunque sea parte involucrada, me gustaría recordar la forma transparente y constructiva en la que ocurrió la transición de poder en el país hace pocos meses.

La transición fue precedida por una elección ejemplar, en la cual 90 millones de brasileños fueron a las urnas en una votación enteramente informatizada, lo que permitió conocerse los resultados en menos de 24 horas.

Ni la transición ni la elección han sido episodios aislados, sino consecuencias naturales de un proceso bien exitoso de consolidación democrática.

Suelo decir que, en Brasil, fue la sociedad, más que el Estado, quien estuvo al frente de la reafirmación de la democracia.

A lo largo de la década de los ochenta nuevos actores sociales han ingresado en la arena pública.

Ello ha resultado en una actualización substancial de los derechos de las mujeres, de los negros, de los

niños y adolescentes, de los ancianos, indígenas, deficientes físicos.

El pueblo pasó a gozar de una absoluta libertad de expresión, con una prensa activa y vigilante, lo que abre canales directos de interlocución entre la sociedad y el Estado.

Los partidos políticos han sido desafiados en su función de captar y traducir los intereses generales.

El Estado ha sido llamado no solo a ser más permeable a las demandas sociales, sino también a proveer los servicios solicitados con la debida agilidad.

Por ello, mi determinación durante los dos mandatos como Presidente de la República de tornar el Estado brasileño más permeable y descentralizado.

Un paso importante ha sido el de asegurar transparencia a los actos del Gobierno, para lo que ha contribuído el recurso a las nuevas tecnologías de información.

Es así que la implementación del presupuesto de la Unión puede ser hoy acompañada, paso a paso, rubro por rubro, por la Internet, facilitando el control social.

También ha sido adoptada la práctica de someter a consulta pública los proyectos de mayor significado económico y social, como el relativo a la Ley de Responsabilidad Fiscal.

Para una nación marcada desde sus orígenes por el vicio del patrimonialismo, donde no existía inibición legal al no cumplimiento del presupuesto, incluso para beneficios privados, la Ley ha representado un marco regulatorio de inmenso valor para la reorganización fiscal.

La Ley de Responsabilidad Fiscal ha servido como catalizador para un verdadero cambio cultural, que no se resume solo en la afirmación de la primacía del equilibrio entre gastos e ingresos, sino también que contempla la preocupación en gastar mejor.

Gastar mejor, en situación de recursos limitados, significa priorizar la atención a los más necesitados, evitando el despilfarro y la malversación.

No ha sido otra la línea adoptada para el establecimiento de la Red de Protección Social. Son trece programas de transferencia directa de renta a pequeños agricultores, a víctimas de la sequía, a niños y mujeres gestantes, a familias de bajo ingreso y ancianos, entre otros grupos más vulnerables.

En su conjunto, los programas implican la transferencia a los grupos más vulnerables de alrededor de 30 mil millones de reales (8,5 mil millones de dólares) al año, el equivalente a lo que el Tesoro recauda con el impuesto a la renta de las personas físicas y de las empresas.

Los beneficios son pagados por medio de una tarjeta magnética, la Tarjeta del Ciudadano, por la propia madre de familia, eliminándose la intermediación de políticos y de burócratas.

Algunos programas de la Red han innovado el concepto de política de combate a la pobreza, al requerir de las familias una contrapartida por los recursos, como ser, la participación en actividades de promoción de la salud y de la educación.

Se ha articulado una concertación sin precedentes entre el Poder Público y los estratos más humildes para la superación del estigma de la indigencia.

El porcentaje de pobres bajó del nivel de 42% en 1990/1994 para una media de 33% en 1995/2000, la más reducida en toda la historia republicana.

Ello significa que el Brasil ha dejado de tener por lo menos 9 millones de personas viviendo por debajo de línea de pobreza.

El número de pobres ha caído de 63 millones para alrededor de 54 millones. La media del ingreso real de los trabajadores en los últimos ocho años fue de aproximadamente 25% superior a la del comienzo de la década del 90.

Hubo una mejora en la distribución del ingreso. Si la medimos por el índice de Gini, la mejora por cierto es discreta: de 0,603 en 1993 para 0,572 en 2001.

Si miramos el parámetro más confiable de la evolución del ingreso por grupos sociales, el salto queda mejor evidenciado: mientras el ingreso de los 10% más ricos aumentó un 13% de 1993 a 2001, la de los 20% más pobres creció un 63%.

Sin duda, la elevación del salario mínimo ha contribuido para la reducción de la pobreza y desconcentración del ingreso.

De 1994 a 2001, el salario mínimo real aumentó un 27% en relación al costo de la canasta básica, acercándose a los niveles más altos desde su creación en 1940.

Los avances en educación y salud también han privilegiado a los grupos sociales de ingreso más bajo.

La escolarización de los niños de 7 a 14 años de edad aumentó de 87 % en 1994 para 96% en 2000, haciendo de la enseñanza fundamental la primera política social de alcance efectivamente universal en el país.

Entre los niños de los 20% más pobres, la escolaridad creció de 75% en 1992 para 93% en 1999; entre los de color negro, el avance fue de 79% a 93%.

La mortalidad infantil cayó de 40,5% en 1993 para 26,6 por mil en 2000, con reducciones más acentuadas aún en las regiones más pobres del país.

Una condición para el éxito de las políticas sociales ha sido la estabilización monetaria, que permitió al Estado prever y planear a largo plazo.

El control de la inflación por si solo tuvo, como se sabe, un importante impacto social, por la eliminación del "impuesto inflacionario" que castigaba, sobretodo, a los más pobres.

Pero los logros obtenidos con el Plan Real solamente pudieron ser mantenidos y profundizados en los años siguientes por la solidez y alcance de las políticas públicas.

Y también por la recuperación del crecimiento económico.

Brasil alcanzó el hecho raro en su historia económica de estabilizar su economía y a la vez crecer.

Los países que han pasado por ajustes menos abarcadores de lo que se realizó entre nosotros se han entregado al desafío de reducir al máximo el impacto recesivo.

Brasil no ha entrado en recesión alguna. Al contrario, ha retomado el crecimiento sostenible.

Desde 1993, cuando fueron tomadas las primeras medidas que resultaron en el Plan Real, hasta 2001, el PIB brasileño creció en media un 3% al año, arriba del doble del crecimiento medio de los 12 años anteriores.

El crecimiento acumulado entre 1993 y 2001 fue de 31,23%. En términos per capita, el aumento fue de 16%. Además de eso, el crecimiento de la economía ha sido regular. En el período de 1981 a 1992, hubo caída en el PIB en cinco años.

De 1993 hasta 2002, no tuvimos ningun año de caída del Producto Interno Bruto, que creció de forma ininterrumpida, aunque a tasas diferentes.

El crecimiento ha ocurrido en todos los campos de la economía. La industria, por ejemplo, pasó de una caída media de 0,14% en el período de 1981 a 1992 a un crecimiento de 3,1% al año, de 1993 a 2000.

La tasa de formación neta de capital fijo llegó al 20%, lo que significa, para un PIB de 600 mil millones de dólares, inversiones anuales del orden de 120 mil millones.

La agricultura superó la barrera de los 100 millones de toneladas de granos por año, no como consecuencia de la expansión del área cultivada, sino del aumento de la productividad.

El desempeño del sector agrícola ha sido fundamental para que el país pudiera lograr recordes sucesivos en sus exportaciones a partir de 1999. Hecho este breve balance, creo justificado nuestro sentimiento de optimismo.

Sobretudo porque las conquistas alcanzadas tienen como principal garante la sociedad brasileña, que sabrá velar por su preservación.

Y, a pesar de ocasionales manifestaciones retóricas, el nuevo Gobierno se muestra sensible a la importancia de la consolidación institucional para el progreso continuado del país.

Son factores como el avance de la ciudadanía, la concertación de la sociedad con el Estado, la modernización del aparato estatal, la transparencia y responsabilidad en la utilización de los recursos públicos, la renovación de las políticas sociales, la estabilidad monetaria, el desarrollo tecnológico y la solidez de los indicadores macroeconómicos que permiten a Brasil mirar con confianza el momento presente, por más preocupante que él parezca.

Y que le permiten acreditarse para el buen usufructo de tiempos más amenos, que, esperamos, no van a tardar.

Muchas gracias.